

man es el producto de los bosques, del aire, de la luz americana.

En 1855 cuando aparece la primera edición de «Hojas de Hierba» nace esa primavera espiritual, los poemas extensos que se refieren a la realidad del hombre y a sus problemas eternos. Es el libro de sus años con ese anhelo profundo de realizar el bien humano que rompe las ataduras de la tradición; y visto en otro aspecto, como piensa Carl Sandburg, «es el juramento más solemne que se ha escrito, expresado con los más impetuosos acentos, de que los Estados Unidos significan algo y se dirigen a alguna parte». En el libro no hay penumbras. Las corrigió Whitman en los caminos donde en realidad había cardos y flores. Fué tolerante, bueno y misericordioso porque debía explicar a todos la relación que existe del hombre con Dios, con el Universo y con los problemas que debe resolver para asegurar su felicidad en este mundo. Por primera vez aparece en la poesía el concepto de las imágenes como expresión del mundo real. Es un profeta a la manera de Isaías sin espanto en sus palabras; quiere que se comprenda su evangelio para que el hombre se de cuenta de la nada, de la hoja de hierba, de las horas marcadas en el cuadrante; y por lo tanto, ha de aprovechar la ternura de la luz, la consoladora belleza de las noches, el suave estremecimiento del aire, en donde flotan el amor del artista, los prolongados estudios del sabio, las capas de montañas, el brillo de las estrellas que se agotan, el acento de los océanos y los ríos, todo sencillamente imágenes arrastrando por siempre lo presente hacia lo futuro.

En tal aspecto su filosofía examina, como Heráclito, el rodar del tiempo: solamente en la imagen del mundo hay siempre una cosa nueva, agitada por el viento, la llama de la vida en el cuerpo permanente, único fin de la forma, el yo real, el ensueño de Dios.

A veces el pensamiento le abruma, y le parece que la idea es la campana de alarma al despuntar el día:

*«Me parece que yo podría vivir con los animales: son tan plácidos y retraídos,  
Me detengo a contemplarlos largamente.  
No protestan, no se quejan de su situación.  
No andan desvelados en la oscuridad  
ni lloran por sus pecados.  
No me exasperan hablándome de sus deberes para con Dios.  
No hay ninguno que no esté satisfecho,  
no hay ninguno que esté poseído de la manía de poseer.*

*No hay ninguno que se prosterne ante otro, ni ante los otros de su especie que vivieron hace miles de años.*

*No hay ninguno que sea respetable o desgraciado sobre el haz de la tierra».*

Canta la libertad soñada en un milagro de visión:

*«Te veo allá en lo alto, hacia el cielo,  
en este día,  
Libertad, de vuelta de tu campo  
de conquistadora,  
Reparo en la nueva aureola alrededor  
de tu cabeza,  
Nada de tenue luz astral, sino  
destumbradora y temerosa,  
Con las llamas de la guerra y los rayos  
ligeros, juguetones,  
Y tu actitud inmóvil, allí donde estás de pie.  
Con la mirada inextinguible y el puño  
crispado en alto,  
Y tu pie sobre el cuello de quien  
te amenazaba:  
aplastado, quien te despreció,  
bajo tus plantas».*

Whitman conservó en su memoria la figura de Lincoln, el apóstol de la libertad: «Su aire gastado y fatigado, las verdaderas arrugas de las grandes responsabilidades, las complicadas cuestiones de la vida y la muerte sobre su sombría faz bruna, y sin embargo, bajo los surcos, la bondad de siempre, la ternura, la tristeza, la firmeza».

Su canto es la marcha triunfal de la muerte y de la gloria:

*«Se acabaron para él los conflictos  
tempestuosos de la vida,  
Y la victoria y la derrota—ya las  
vicisitudes oscuras del tiempo,  
No pasarán como nubes infatigables  
por el cielo.  
Pero canta, poeta, en nuestro nombre,  
Canta el amor que le tuvimos—pues  
tu habitante de los campos  
de batalla, lo conoces bien.  
Este polvo fué el hombre,  
Dulce, sencillo, justo y resuelto, bajo  
cuya mano prudente  
Del crimen más horrendo conocido  
en la historia de todas las épocas  
y países,  
Se salvó la Unión de estos Estados».*

Si «Hojas de Hierba», proporcionaron desventuras a Whitman, desprecio, alejamiento, retiro de sus empleos, el gran espíritu de Emerson le consuela con una carta, la más alta distinción de bondad y de intelecto en esa época turbulenta: «Querido señor, le dice: Justiprecio el maravilloso regalo que me ha hecho Ud. con «Hojas de Hierba», que considero el más extraordinario trozo de espíritu y de sabiduría que América haya producido hasta ahora. Me siento del todo

feliz con la lectura de ese libro, porque el gran poder nos vuelve felices. Responde él a la demanda que yo enderezo siempre contra lo que me parece de naturaleza estéril y mezquina, como si un exceso de trabajo, o demasiada linfa en el temperamento, estuvieran en camino de volver bajos y adiposos nuestros espíritus occidentales. Lo felicito por su pensamiento independiente y valeroso. Siento una gran alegría. Encuentro cosas incomparables, incomparablemente dichas, como deben serlo. Encuentro ese coraje en el trato que tanto placer causa y que sólo una amplia visión puede inspirar.

Saludo a Ud. en el comienzo de una gran carrera, que debe haber tenido, no obstante, un largo precedente en algún lado, para permitir un tal estreno. Yo me he frotado un tanto los ojos para ver si el rayo de sol no resultaba un espejismo; pero el sentido sólido del libro es una certidumbre cabal. Tiene el mayor de los méritos: comunicar fuerza y coraje.—R. W. Emerson.»

Pocos meses antes de su postración y de su muerte una digna y hermosa mujer, rica en gracia y en dinero, lleva a su padre y a su hermano a presentar su homenaje al poeta maldito pero glorioso como lo afirmaron Dante Rossetti, Swinburne, Tennyson, y la muchacha, Mary Smith, le brinda toda cordialidad.

Los últimos días de Whitman son iguales en dolor físico y hace lo posible, en su descenso, de tener el tiempo que tantas alegrías le dió. Escribe su final: «De hecho, heme aquí, en estos años de 1890 y 91 (poniéndome más rígido y hundiéndome más, de una quincena a otra), muy semejante a algún viejo, austero y maltrecho molusco de dura caparazón, golpeado por el tiempo (sin extremidades, totalmente imposibilitado de ir de un lado a otro), arrojado sobre la arena seca, incapaz de movimiento—no me queda sino estarme quieto, y entretener los días que aún me quedan, y descubrir si no habrá algo que el dicho austero y maltrecho molusco, pudiera sacar, por fin, de su buen humor heredado y de los latidos alegres que sueñan allá, en lo profundo, de su viejo caparazón gris. Y, viejo como soy, me siento hoy día como si fuese parte de una ola retozona, o dispuesto a jugar como un chivato o un gatito—probablemente un elemento de adaptación y perfección física aquí y ahora.»

Ha predicado la obediencia al alma, para que ella lo conduzca por caminos de gloria, de paz y eternidad.